

Soy Alice y estoy en la cárcel por asesinato. Esto es una confesión. Si la tienes entre tus manos, es porque eres un amigo o un familiar que espera una explicación. Lo sé porque llevo aquí unos años y ninguno habéis venido a verme ni me habéis llamado por teléfono, eso está muy feo, al menos podríais enviarme una tarta con una lima dentro para arreglarme las uñas, las tengo hechas un asco, aquí no hay salones de belleza. Si lo hacéis, meted también un esmalte color burdeos, por favor, que sea de Dior.

Mi compañera de litera está enamorada de mí. Me dan de desayunar, de comer y de cenar. Tengo una biblioteca, un gimnasio y salimos al patio dos veces al día a tomar el sol, no está tan mal. Además, me estoy sacando la carrera de Derecho gratis, por fin, mamá, como querías, y sin pagar un penique.

Maté a alguien. También maté de pequeña a un pez, pero eso no cuenta, se me cayó sin querer por el desagüe mientras limpiaba su acuario. No estoy loca, no mataría a mi mascota por placer. Tampoco tengo brotes psicóticos ni atropellé a una persona por accidente, acabé con la vida de un ser humano con plena consciencia. Creo que algún día que otro me arrepiento, pero no todos, no la mayoría. Dicen que el asesino nace, pero yo creo que se hace, igual que hay nuevos ricos, hay nuevos asesinos. ¿Cómo llegué a esta situación? Te sorprenderías del poder de la mente cuando la sometes a niveles de estrés muy altos, hay gente que consigue mover cosas sin tocarlas, ¡y eso sí que es antinatural! Si lo comparamos con suicidarse, por ejemplo, matar, que está en el

instinto de supervivencia, no es tan raro. Al revés, según en qué situaciones, podría considerarse más normal que tomarse un té a las cinco de la tarde.

Aquí hay de todo. Eso sí, también hay locas de remate, ¿por qué no las metieron en un psiquiátrico? Seguro que tenían un mal abogado. Una mujer se cargó a sus tres hijos, ¡eso sí que es fuerte! Ella dice que el infanticidio es una herramienta muy poderosa para garantizar la supervivencia de muchas especies. Es cierto, es una conducta muy corriente en el mundo animal, pero solo tiene sentido si eres un león, un primate o un insecto, y, sobre todo, si eres macho. Qué cosas, ¿no? Hay otra chica que le cortó la polla a su marido, dice que fue sin querer en una sesión de sado, ¿en serio, Abie? Le metiste los cojones en la boca, ¡nadie se cree que fue sin querer! Dicen que todo lo malo se pega, espero que cuando salga de aquí no se me haya pegado nada de estas zumbadas.

Pensarás que estoy muy tranquila, lo estoy porque después de aquel día el mundo es un poquito mejor. En serio, si supieras lo que ocurrió, le pedirías al primer ministro que ordenara un monumento en mi honor en medio de Trafalgar Square, ¿no existe ninguna asociación que se encargue de eso? Podrían quitar la estatua de Charles James Napier y poner la mía, solo que sería de oro y la gente se haría fotos tocándome el culo para tener suerte en el amor, como con la teta de Julieta. ¡Mirad, esa es la chica que pasó media vida encerrada por librar a la humanidad de una persona sin corazón, toquémosle el culo! Cuando salga de la cárcel, crearé una asociación que se encargue de esas cosas, se llamará «ALICE, Asociación de Lucha por la Integridad de las Criminales Ecuánimes». Llenaré el mundo de culos de oro desgastado.

No he escrito estas páginas para exculparme, sé que matar está mal porque lo dicen los diez mandamientos y ante eso, amén. Escribo esto para que tengas la conciencia tan tranquila como yo. Tienes muchas ganas de saber qué ocurrió en mi cabeza, qué transformó a una chica aparentemente normal y de clase acomodada en una asesina. Lo sé, quieres ir a las últimas líneas directamente y descubrirlo, pero hazme caso, no entenderías nada. Tienes que escuchar mi historia desde el principio, y eso se remonta al momento en el que Demian y yo rompimos.





## EL REENCUENTRO

Aquella noche llovía a cántaros, estábamos de pie en la boca de metro de Oxford Circus y solo recuerdo que sus ojos negros no expresaban toda la tristeza que a mí me hubiera gustado. Nunca supe si lo dejó él o lo dejé yo, puede que ambos supiéramos desde el principio que esa relación no iría más allá de unos cuantos meses, pero lo cierto es que al final le había cogido cariño y me costó un poco decir adiós.

Anduve a la deriva bajo la lluvia, sin paraguas, solo con el abrigo impermeable de capucha que había comprado el invierno pasado. Es una verdadera pena que me lo quitaran al entrar en la cárcel, me vendría de lujo cuando llueve en el patio y no se puede tomar el sol. Por alguna razón, esperaba que algo mágico sucediera esa noche: que él volviera corriendo detrás de mí, me diera un beso de los de película y me dijera que quería estar conmigo «por siempre jamás». Pero eso nunca ocurrió y, en su lugar, una gran ola de agua y barro proveniente de debajo de las ruedas de un autobús me despertó de la fantasía.

En ese instante apareció Connor, otro ex. Y ahí estaba yo, lloriqueando bajo un impermeable empapado y llena de barro hasta las cejas.

—Das asco, Alice —espetó sonriente mientras me tapaba con su paraguas. Él vestía un traje azul marino perfectamente planchado (y seco), el cabello oscuro estratégicamente despeinado y unos zapatos de piel que parecían recién comprados. Ya no era el niño que dejé con veintidós años, había madurado.

—¡Hola, Connor! ¿Qué tal estás? ¡Me alegro de verte!

—En serio, estás guapa, a tu manera. —Y me guiñó uno de sus enormes ojos azules. Connor siempre había sido un chico muy atractivo y él lo sabía, una persona con ese magnetismo que solo algunos tienen—. Estaba a punto de coger un taxi, ¿vas a tu casa?

«Sí, por favor, llévame a casa, démonos el lote en el asiento de atrás y después puedes quedarte a dormir si quieres. Te prepararé el desayuno mañana, tortitas con beicon y sirope de arce, como te gusta».

No, no fue eso lo que dije. En cambio, solté un:

—Prefiero caminar, pero gracias.

—Bien, caminemos juntos. Y dime, ¿qué andas haciendo? — Por supuesto se refería al plano profesional, cuando estábamos juntos yo estudiaba Periodismo y mis inquietudes laborales, que se balanceaban entre ser actriz y fotógrafa, eran bastante inciertas.

—Finalmente me decanté por la fotografía, retrato novias, ¿tienes novia? —Esa estupidez sí salió de mi boca antes de que mi lento cerebro pudiera filtrarla, y en ese momento solo deseaba que se formara otra ola de barro encima de nuestros pies para poder cambiar el rumbo de la conversación.

—Si lo hubiera sabido el año pasado, te habría contratado. —Me fijé en su mano derecha y ningún anillo dorado lucía en el dedo anular, tampoco había señal de que hubiera estado ahí antes. Suspiré, pero el alivio duró poco tiempo—. Me casé con Ana, ¿te acuerdas de Ana? Era la novia de Lucca hace años, ¿te acuerdas?

—Ah sí, Ana... Claro, ¡enhorabuena! —Tocada y hundida. Probablemente el anillo colgaba de su cuello, una rara costumbre de muchos hombres que no sé si tiene que ver con una incomodidad real o cierto miedo al compromiso—. ¿Sabes? Estoy un poco cansada de caminar, creo que me gustaría coger ese taxi. —Cómo echo de menos los taxis.

Durante la vuelta hablamos de banalidades y nos deseamos suerte (ya ves), ¿me podía pasar algo más? Claro que podía, ya he dicho que estoy en la cárcel, ¿verdad?